NOTA DE OPINIÓN

EL "SISTEMA POLÍTICO SOCIALES": UN ENFOQUE POLITOLÓGICO Por Andrés Malamud¹

El problema

La Argentina presenta, entre un sinfín de autóctonas peculiaridades, una que toca de cerca a quienes frecuentamos estos claustros: **el régimen de gobierno de sus universidades nacionales**. Para los especialistas en instituciones gubernamentales y sistemas de partidos, la modalidad históricamente desarrollada resulta verdaderamente novedosa; para los estudiosos de la administración, sea pública o privada, es simplemente disfuncional.

En el caso que nos ocupa, esta Facultad de Ciencias Sociales de la UBA exhibe claramente las tensiones producidas por un mecanismo dificultoso -y muchas veces, paradójico-. El resultado es tan visible como polémico en su definición, pero podríamos denominarlo, simplificadamente, como "**crisis de gobernabilidad**".

Las causas

Describamos brevemente las bases del sistema. Se trata de una estructura de representación y decisión, en principio, parlamentaria. Así, el órgano deliberativo (el Consejo Directivo) se conforma a partir de elecciones directas; en cambio, el decano accede a su cargo sólo mediante designación indirecta de dicho Consejo. Sin embargo, la duración de los mandatos es fija e independiente entre cada órgano -elemento propio del presidencialismo-, lo que incorpora un riesgoso factor de rigidez institucional. A ello se le suma la existencia de elecciones intermedias durante la gestión de un decano, lo que puede llevar -como sucede actualmente- a que el titular del "departamento ejecutivo" se encuentre en minoría ante una confluencia opositora en el Consejo Directivo.

A pesar de sus inconsistencias, el procedimiento hasta aquí no es inusual, pues combina -si bien toscamente- principios ya conocidos del presidencialismo y el parlamentarismo. El elemento novedoso, que complejiza de forma abrupta la situación, se da en la base de representación. En efecto, los 16 miembros que constituyen el Consejo son electos de manera estamental; en el límite, aunque suene algo fuerte, corporativa. De ese modo resulta que los 4 consejeros estudiantiles asumen la representación de unos 12.000 estudiantes, los 4 graduados de cerca de 1.500 egresados y los 8 profesores de alrededor de 180 docentes regulares.

La manifiesta desproporcionalidad no es necesariamente, pese al impacto conceptual, un inconveniente. En realidad, **los problemas comienzan cuando entran en conflicto las distintas lógicas políticas que imperan en cada claustro**. Haciendo un paralelo con las organizaciones partidarias, puede decirse que las agrupaciones estudiantiles actúan según una dinámica propia de los partidos de masas, con grandes estructuras, fuertes

¹ Consejero Directivo titular por el claustro de graduados.

recursos materiales y un sostenido activismo militante. En el otro extremo, el claustro de profesores exhibe un conjunto de prácticas mucho más cercanas a las de los partidos de notables, caracterizados por un alto grado de personalización, bajo compromiso (o compromiso pasivo) y alineaciones de circunstancia, que obedecen a los acuerdos o rencillas entre los individuos más influyentes antes que a una identificación ideológica o comunitaria.

En un escenario como el planteado, es la solidez de las alineaciones del claustro más activo, el estudiantil, la que ordena a los otros dos; de distinto modo, predominaría la volatilidad electoral propia del claustro de profesores. Los graduados, en semejante contexto, funcionan como correa de transmisión hacia arriba de disciplina política, que emerge desde las agrupaciones estudiantiles y continúa en quienes se reciben.

Y sin embargo, ninguna casa de altos estudios en el mundo mantiene su prestigio -ni alimenta la excelencia- sin un cuerpo de profesores que fije las pautas básicas del desarrollo institucional y científico. Por lo tanto, la consolidación de los profesores en tanto claustro es requisito sine qua non para la jerarquización de la Facultad.

Hemos descripto ya las dos dimensiones del problema. Estructuralmente, el de la **esquizofrenia del diseño institucional** parece más difícil de resolver, pero es competencia disciplinaria de esta unidad académica plantearlo ante el resto de la Universidad. Y, de manera contingente, la **conducta no cooperativa de los actores** es un obstáculo que sólo puede salvarse si la racionalidad extiende su horizonte temporal. En otras palabras, si las ambiciones aceptan postergarse ante la expectativa de que el juego no se termine en la próxima elección.

Las consecuencias

Los efectos de la crisis se manifiestan, en el nivel **administrativo**, en un abultado déficit presupuestario; en el **académico**, en una calidad decreciente, y en el **político**, en una conflictividad permanente, como consecuencia del enfrentamiento entre un ejecutivo de mandato independiente y una mayoría legislativa opositora; el proceso político deriva entonces hacia el bloqueo mutuo (parálisis gubernamental) o el salteo institucional (gobierno por decreto).

Sin embargo, los problemas más acuciantes gozan de cierta autonomía respecto de la maquinaria que los potencia; y ellos radican, sostenemos, en la hiperfragmentación política del "sistema Sociales".

Los motivos son varios: el primero de ellos, sin duda, es la convergencia en una Facultad de cinco carreras con tradiciones distintas, algunas muy arraigadas, muchas de ellas opuestas entre sí. El sistema institucional, por principio estanco y fragmentado, nunca logró procesar semejante cantidad de conflictos -típicos de la idiosincrasia de cada carrera-, a los que se sumaron enseguida los producidos por la fusión.

El espectáculo originado por la colisión de semejantes tensiones (en un juego de tres arenas simultáneas, con cinco compartimentos cada una) es el de una **política descentrada**, en el que una multiplicidad de fracciones giran alrededor de las demás y cuyas posiciones se miden, siempre, en relación con las otras, y nunca con algún criterio estable de ordenación. En Sociales **todas las alianzas son posibles**, pero ninguna encuentra la brújula que marque el norte.

Resulta evidente que en una Facultad con el perfil de la nuestra, de un elevado índice de ideologización y movilización, **el eje izquierda-derecha carece de utilidad**: ningún grupo relevante aceptaría ocupar el segundo término del binomio. ¿Es posible discernir, no obstante, alguna pauta objetiva (o, mejor, intersubjetiva) de decantación de los actores?

Creemos que sí. Pese al *maremagnum* de etiquetas, sectores, ideologías, declamaciones y rencores, en el fondo del cuadro puede vislumbrarse un atisbo, una sombra delineadora. Y esa sombra gruesa, oscura, que se confunde muchas veces con el resto de la pintura, **parece separar a lo que cabe rotular como** *populistas* **de quienes se definen mejor como** *institucionales*. Que no hace referencia directa a ideologías, sino -antes bien- a la orientación respecto de normas formales de convivencia. Y que responden, desde una vereda, a una concepción emotiva, movilizada y plebiscitaria de la política; y desde la de enfrente, a una vocación más institucional y de medios ajustados a fines.

Asumamos, sin embargo, que siempre existen excepciones; pero la regla, como los tipos ideales, se define de acuerdo con la lógica predominante. Y en función de tal criterio, la diferenciación entre los actores que impulsan -y generan- demandas inflacionarias y los que plantean una práctica de racionalidad administrativa resulta esencial.

Es dable recalcar que no importa tanto la precisión con que se caracterice a los dos campos como la definición de la línea que los separa, creándolos. Porque la condición de supervivencia de todo actor sensato es **la recuperación del centro político de la Facultad**, que permita compartir un espacio común a partir de la agregación de los fragmentos a su alrededor. De ese modo, la mecánica centrípeta de la competencia contribuirá a atenuar la conflictividad, propia de un sistema inestable marcado por la polarización.

En la eventualidad de coincidir con el diagnóstico, el tratamiento no puede fallar: si no se reconstruye un eje orientador, si no encontramos ese centro que ordene la acción política, gane quien gane, la ingobernabilidad será una constante.

Y sin gobierno no hay Facultad.